

LA MUJER DEL FUEGO

Cristian Perfumo

—¿Se nota mucho que es una peluca? —me preguntó mi primo Gaby, estirando el cuello para mirarse en el retrovisor.

—Sigo pensando lo mismo que hace cinco minutos —le respondí.

—Es que no estoy acostumbrado a tener tanto pelo, Ricardo. —Quitó una mano del volante para pasársela por la melena castaña que yo mismo le había fijado sobre la cabeza hacía un cuarto de hora en la trastienda de la santería “El arcángel”.

Una ráfaga de viento empujó el auto hacia la derecha, llevándonos al borde del asfalto. No en vano le llamaban “el infiernillo” a ese bajo entre dos cerros que separaba el centro de Comodoro de los barrios de la zona norte.

—Mirá para adelante y dejate de joder. No se nota nada. ¿Te pensás que es la primera vez que hago esto?

Las luces de los vehículos que venían de frente iluminaron la media sonrisa en la cara de mi primo.

—Estás nervioso —dijo.

—Obvio. Siempre me pongo nervioso antes de hacer una cámara.

—Hmmm... yo diría que hace mucho que no te ponés así.

—Será porque suelo tener un plan. O al menos sé dónde voy y a quién tengo que desenmascarar.

—Lo de hoy es diferente, primo. Ya te dije, contarte

cualquier cosa sería hacerte un *spoiler*. Vos dejate llevar. Lo único importante es que...

Gaby dejó la frase colgada a propósito, señalándome con el dedo para que la completara.

—...que le hable de mi mujer y de mis hijos.

—Exacto. Y del banco —añadió mientras ponía la luz de giro.

Nos metimos en el barrio del Kilómetro Tres, recorriendo calles que se volvían más oscuras conforme nos alejábamos de la ruta. Mi primo estacionó frente a una de las últimas manzanas, con casas sobre terrenos en pendiente y patios traseros en la ladera de uno de los cerros de tierra que dividían la ciudad.

Al bajar del coche, saqué del bolsillo de mi abrigo los anteojos que usaba para estas ocasiones y apreté el diminuto botón en el interior. Un breve destello rojo me indicó que la cámara oculta en el marco había empezado a grabar.

Gaby tocó el timbre de una vivienda antigua, con techo de tejas y un patio delantero totalmente a oscuras. Salió a recibirnos un tipo corpulento que, tras mirarnos de arriba abajo, se acercó a la verja y nos habló con voz baja pero clara.

—¿Tienen reserva?

—Sí —dijo Gaby—. Somos Julián y Pablo Reina.

El hombre sacó un teléfono del bolsillo. El reflejo azulado de la pantalla reveló en su cara unas profundas marcas que había dejado a su paso el acné.

—Tienen para las veintiuna treinta. Falta media hora.

—No queríamos llegar tarde. ¿Podemos esperar adentro?

El tipo asintió sin una pizca de simpatía y sacó un manojo de llaves para abrirnos el portón de la verja.

—Bienvenidos a la casa de la Dama del Fuego —dijo sin estrecharnos la mano—. Soy Sandro.

Así que la bruja que venimos a desenmascarar hoy se llama la Dama del Fuego, pensé. Podría haberse inventado un

nombre más original.

El único mobiliario de la sala en la que entramos eran tres sofás dispuestos en forma de U. Estaban ocupados por cinco hombres, casi todos con la mirada puesta en sus teléfonos. Uno de ellos, menudo y pisando los sesenta, nos saludó con un ademán rápido y se desplazó hacia un costado para hacernos lugar.

Sandro se apostó frente a una de las puertas que comunicaban la sala con el resto de la casa. Cuando cruzó los brazos gruesos sobre la barriga prominente, vi la pistola negra que le colgaba del cinturón.

—¿Dónde me metiste, Gaby? —murmuré mientras nos sentábamos.

—Tranqui. Vos tranqui.

Después de varios minutos en silencio, la puerta a espaldas de Sandro se abrió. Salió un hombre más o menos de mi edad y cerró tras de sí, impidiéndonos ver qué había del otro lado. Nos saludó con una sonrisa cómplice y abandonó la casa en cuestión de segundos.

En menos de un minuto hubo tres golpecitos en la puerta y entonces Sandro miró al señor sentado junto a nosotros.

—Adelante.

Diez minutos después, él también salió con una sonrisa. Nos saludó levantando un pulgar y salió a la noche ventosa. Uno a uno, fueron pasando todos los que estaban por delante nuestro. Y uno a uno salieron contentos. Yo nunca había visto nada igual.

Para cuando nos tocó el turno, la gomina con la que me había peinado hacia atrás para cambiar mi aspecto ya empezaba a hacerme picar el cuero cabelludo. Eran las once menos cuarto.

Al ver que Gaby y yo nos acercábamos, Sandro levantó una mano.

—Entra uno solo.

—Pero venimos juntos.

—Uno solo.

Fulminé a mi primo con la mirada. Tenía ganas de decirle “¿Ves por qué me gusta planear todo?”. Gaby, sin embargo, se limitó a señalarme con el dedo.

—Que pase él, entonces —dijo.

Entré a una habitación iluminada por no más de veinte velas dispuestas en forma de círculo sobre una mesa redonda tan alta que me llegaba casi al esternón. Del otro lado me esperaba de pie la Dama del Fuego.

—Buenas noches —dijo, rodeando la mesa para detenerse a un metro de mí.

Las velas la iluminaban de costado, revelando con luces y sombras cada pliegue del grueso vestido de terciopelo rojo que la cubría del cuello a los pies. Tenía el pelo del color del cobre y ni una sola peca en la cara. La edad era un misterio. ¿Treinta? ¿Cuarenta? La única pista la daban sus ojos, que miraban con la cadencia lenta y controlada de los que han visto mucho.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo —dije, ciñéndome al personaje que me había inventado para la ocasión, con perfil de Facebook incluido.

—Melisa.

Estreché su mano suave y tibia. Después me indicó que nos acercáramos a la mesa alta. Era la primera bruja que yo conocía que atendía de pie.

—¿Qué te anda pasando? —preguntó, con la mirada puesta en las velas.

—Siento que me estoy alejando de mi mujer.

—¿En qué sentido?

—En todos, diría. Creo que nos estamos haciendo cada vez más diferentes el uno del otro.

—¿Pero todavía hay amor?

—El amor está intacto. En el fondo nos queremos mucho, pero nos peleamos constantemente. Cualquier discusión termina transformándose en una batalla de insultos.

Asintiendo, la mujer trazó con la mano el círculo que describían las velas, dejando que cada una de las llamas le tocara la piel.

—¿Y sexualmente?

—Un desastre —dije con la sonrisa vergonzosa que traía bien ensayada—. Y a partir de que vinieron los hijos, mucho peor.

—¿Cuántos hijos tenés?

—Dos. Uno de cuatro y uno de dos.

Me apresuré a sacar del bolsillo la billetera para mostrarle la foto de una mujer abrazada a dos neños preciosos. Me la había bajado de internet el día anterior.

—Sería una pena enorme que una familia así se terminara rompiendo —dijo la bruja.

—Por eso estoy acá. ¿Hay algo que se pueda hacer?

—Siempre hay algo que se puede hacer —contestó y se desabrochó los dos primeros botones del vestido para revelar un escote tan suave y blanco como sus manos.

—¿Cuánto me va a costar? —pregunté, levantando la vista para que la cámara en mis anteojos captara uno de mis momentos favoritos frente a cualquiera de estos charlatanes.

—Lo que vos creas que vale salvar tu matrimonio.

Tuve ganas de poner los ojos en blanco y dar un soplido. Su respuesta no podría haber sido más trillada.

—Te puedo dar todo lo que traje —dije, haciendo ademán de volver a sacar la billetera, pero la mujer apoyó con suavidad la mano sobre mi pantalón para frenarme.

—No hace falta —dijo, clavándome la mirada—. Hacemos el trabajo hoy y, si funciona, hablamos. ¿Te parece?

Le dije que sí. Ella sonrió satisfecha y retiró la mano de mi muslo.

—¿De qué trabajás, Pablo?

—Soy tesorero de un banco.

—Muy bien. Con razón venís a verme por problemas de amor. De dinero seguro que estás bien.

—No me quejo.

—¿Y de salud?

—Bastante bien, también.

—Bueno, te explico: para que esto funcione, es muy importante que hagas todo lo que yo te digo al pie de la letra.

Asentí ante la frase, que era otro clásico. Cuando los milagros no llegaban, siempre se podía argumentar que el cliente no había seguido las instrucciones.

Sin quitarme los ojos de encima, se llevó la mano derecha al busto y continuó desabrochando uno a uno los botones del vestido. Dio un paso hacia atrás, para permitirme que la viera mejor. El terciopelo pesado se movía muy poco de su lugar, revelando apenas una franja de piel blanca entre la gargantilla negra y el ombligo.

Liberó unos botones más y, con movimientos suaves, se llevó ambas manos a las clavículas contrarias. Deslizó la tela poco a poco, descubriendo primero un hombro y después el otro.

El vestido cayó al suelo casi sin ruido, dejando a la Dama del Fuego desnuda ante mí.

Con las manos todavía sobre los hombros, los antebrazos le tapaban la mayor parte de los pechos. La luz danzante, que le daba de costado, hacía resaltar la marca vertical de los músculos abdominales y unos muslos trabajados. Todo el cuerpo era de un color marfil imposiblemente uniforme.

—Acercate —me dijo sin descruzar las manos.

Di un paso tímido y me detuve a un par de palmos de ella.

—Más —me animó.

Continué hasta que mi nariz estuvo a menos de diez centímetros de su frente. El pelo desprendía un perfume

fresco, como de mandarinas.

—Es muy importante que no hagas ni más ni menos de lo que te voy a decir. Cerrá los ojos. Muy bien. Quiero que te concentres en este lugar y este momento. Vas a dejar de lado todos los problemas y las preocupaciones.

Sentí el tacto suave de sus dedos posándose en mis muñecas para guiar mis manos hacia sus hombros.

—Despacio, muy despacio, quiero que deslices tus dedos sobre mi piel. Movelos para donde quieras, sin miedo ni vergüenza, pero no abras los ojos.

Dudé. ¿De verdad me estaba pidiendo que la tocara? Eso explicaría las sonrisas en las caras de los que habían pasado a verla antes que yo.

Rozando apenas su piel, rodeé los hombros y comencé a bajar por los costados de los brazos.

—¿Estás seguro de que querés ir por ahí? Algo me dice que te estás reprimiendo.

Tenía razón, aunque tampoco había que ser un genio para saberlo. Me detuve.

—Si te reprimís, no va a funcionar.

Asentí y volví a poner las manos sobre sus hombros. Esta vez bajé por los pechos.

—No te apures —susurró—. Tenemos tiempo.

Sentí rabia al notar que se me iba formando una erección. Intenté reprimirla evocando la imagen más desagradable que pude conjurar: Maradona totalmente drogado. Pero ni siquiera eso fue suficiente.

Cuando supo que me tenía a punto de caramelo, puso las manos sobre el dorso de las mías y apretó con pulso firme para que, además de mis dedos, las palmas también entraran en contacto con sus pechos.

Un segundo más tarde, me dio un beso en la boca.

—Ahora abrí los ojos —dijo, soltándose de repente y retrocediendo unos pasos—. Ya falta muy poquito.

Tras cerciorarse de que la miraba, se dio media vuelta.

En la espalda tampoco tenía un solo lunar, y las únicas irregularidades en el blanco uniforme eran los claroscuros que causaba la luz de las velas en el relieve suave de los músculos. Sin duda, la Dama de Fuego pasaba parte de su tiempo libre en el gimnasio.

—Acercate de nuevo —me indicó.

Esta vez lo hice con más decisión. Entonces volvió a guiar mis manos directamente hacia sus pechos.

—Nuevamente, quiero que dejes que tus dedos vayan a donde quieran ir.

Comencé a bajar lentamente, recorriendo las costillas, los costados del vientre y la parte frontal de las caderas.

—Ahora voy a intentar librarme, pero vos no me vas a dejar escapar. Quiero que me agarres de donde me tengas que agarrar para impedir que nos separemos, ¿está claro?

—Sí.

—La frase segura es “sesión terminada”. Cuando yo diga eso, me soltás. Pero si te digo cualquier otra cosa, no *okey*?

—*Okey* —repetí, apretando un poco más los dedos sobre sus caderas.

—Perfecto. Vamos —dijo, y empezó escurrirse entre mis brazos.

Primero intentó dar un paso hacia adelante, pero la traje hacia mí de un tirón. Después me empujó con un brazo, aunque no logró liberarse. Entonces se giró hacia mí con un movimiento rápido y me clavó las manos en el pecho tratando de separarse. La sujeté de la cintura.

—Soltame —dijo.

Fiel a sus instrucciones, continué reteniéndola.

—Te digo que me sueltes —insistió.

Confundido, aflojé un poco. Fue suficiente para que se librara de mí y diera un paso hacia atrás.

Entonces, sin preámbulos, la Dama del Fuego me dio vuelta la cara de un cachetazo.

—¿Qué hacés? —me dijo.

—Sigo tus instrucciones.

—¿Estás loco? —gritó.

Fue un grito extraño, dirigido no tanto a mí sino más bien a la puerta de la sala, que se abrió al instante para revelar la figura de Sandro.

—Sacame a este tipo de acá —le indicó.

—No entiendo. ¿Qué pasa? Me dijiste que hasta que no dijeras “sesión terminada” no te soltara.

—¡Fuera!

Antes de que pudiera decir nada más, Sandro ya me estaba arrastrando hacia afuera de la casa.

Mi primo nos seguía a una distancia prudencial sin pronunciar palabra.

—¿Y? ¿Cómo fue? —me preguntó Gaby una vez que estuvimos dentro de su auto.

—¿Qué es esto, Gaby? No entiendo nada. La mina me pide que la toque y le hago caso. Y de repente, me saca a patadas.

—Según mis cálculos, pasó exactamente lo que tenía que pasar —respondió Gaby sin lograr reprimir una sonrisa mientras se sacaba la peluca.

—¿Me lo hiciste a propósito? ¿Querías que pasara un mal momento?

—Me extraña, primo. ¿Cuándo me porté mal con vos?

—¿Y entonces? Me dijiste que iba a tener buen material para la web, pero esta grabación es una mierda —dije, sacándome los anteojos de un manotazo y señalando a la cámara invisible entre ambos cristales.

—Paciencia. Vos confiá en mí. Como te dije antes, es fascinante.

Lo que mi primo Gaby describió como fascinante llegó tres días después. Yo estaba en casa, preparando una clase de

Estructuras de Datos y Algoritmos, la materia de la que era responsable en la universidad. El *blip* del teléfono me proporcionó una excusa para dejar de lado del código de un algoritmo de ordenamiento con el que llevaba media hora peleándome.

El mensaje venía de un número que no tenía agendado. Era un video de veintidós segundos en los que se me veía manoseando a la Dama del Fuego mientras ella intentaba librarse de mí. Terminaba con Sandro sacándome a la arrastra tras el cachetazo de su jefa. La imagen estaba un poco granulada, pero se reconocía perfectamente mi cara. O, mejor dicho, la cara de Pablo Reina: anteojos gruesos, barba candado y pelo engominado. El rostro de ella, por otro lado, estaba difuminado con un programa de edición de video.

Diez mil dólares o lo subo a internet y se lo mando a tu mujer. Si me pasa algo, también lo recibe tu mujer. Y ni se te ocurra volver a mi consultorio, porque también.

Supuse que era la primera persona en sonreír al recibir un mensaje así.

—¡Quiero que me cuentes todo! —dije sin esperar a que la campanita colgada de la puerta de la santería “El Arcángel” dejara de tintinear.

Mi primo apareció de la trastienda, ya con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y? ¿Era o no era fascinante?

—A ver si lo entiendo —dije, mostrándole el video en mi teléfono—. El negocio de esta mina no es el esoterismo sino la extorsión, ¿no?

—Correcto. Bueno... en parte, correcto —repondió Gaby mientras se acodaba con parsimonia sobre un mostrador de vidrio lleno de estampitas.

—Ya está Gaby, dejá de hacerte el misterioso.

—Está bien —accedió, mostrándome las manos abiertas en señal de paz—. Voy al grano: los hombres la van a

ver con la excusa de hacerle una consulta esotérica, pero en realidad lo único que les importa es que ella se ponga en bolas y les deje tocarle las tetas.

—¿Pero de qué les sirve, si a los tres días les manda un mensaje para extorsionarlos?

—¿Por qué te pensás que te insistí tanto en que le hablaras de tu familia y le dijeras que sos tesorero de un banco? Solamente extorsiona a los pocos que dan con el perfil: casados y con mucha guita. A los otros simplemente les cobra carísimo por una sesión de espiritismo erótico. Es la única manera de que su negocio funcione. Los clientes que no extorsiona, que son la mayoría, la van recomendando entre sus conocidos y así hace crecer la clientela.

Tenía sentido. Y también explicaba por qué en la sala de espera había únicamente hombres.

—¿Cómo sabés todo esto?

—Porque en la ferretería de lo oculto estas cosas se saben —dijo, señalando las paredes de la santería.

Eso también tenía sentido. Las historias que llegaban a oídos de mi primo simplemente por ser el dueño de “El arcángel” —una ferretería de lo oculto, según él—, nunca dejaban de asombrarme. Me había pasado datos interesantísimos para mi web *Cazador de Farsantes* que casi siempre me llevaban a grabar buen material. De otro modo, jamás hubiera aceptado su jueguito de ir a ver a la Dama del Fuego sin saber de antemano qué me esperaba.

—O sea que esta tipa es una cruza entre bruja y *stripper* sin códigos —resumí.

—Con una pizca importante de personaje de *Game of Thrones*.

—¡Una genia!

Gaby me miró desconcertado.

—¿Cómo que una genia?

—Sí, una genia. Muy inteligente. Me hace acordar a una historia que leí una vez de una pareja de suecos. Habían

vendido todo para comprar un barquito y viajar por el mundo trabajando de lo que surgiera. Ella cortaba el pelo en la playa haciendo *topless*, y decía que ni los mejores estilistas del mundo tenían tanta lista de espera.

Mi primo Gaby frunció el ceño.

—La pequeña diferencia es que esa sueca no le hacía mal a nadie, Ricardo. El caso de la Dama del Fuego es muy diferente. ¡Es una víbora! Si quiere cobrar porque la manoseen, es su decisión, pero hay que ser muy hija de puta para ponerse a destruir familias así.

—Vos mismo me acabás de decir que los tipos van para verla en pelotas y les importa un carajo la parte esotérica. ¿Te pensás que a una esposa le haría gracia ver a su marido en un video como este?

—Obvio que no. Si no, no tendría sentido el chantaje.

—Entonces ¿quiénes son los que están rompiendo esas familias? ¡Ellos! Son ellos los que se mandan la cagada. La mina simplemente se aprovecha.

Mi primo se cruzó de brazos y me observó como a un bicho raro.

—O sea que no vas a escribir un artículo en *Cazador de Farsantes* sobre esta mina.

Antes de responderle, me incliné sobre el mostrador, para despedirme de él con un beso y dos palmaditas en la cara.

—Por supuesto que voy a escribir.

—No entiendo nada.

—Vos confiá en mí —dije, repitiendo a propósito las palabras que me había dicho él al salir de la casa de la bruja—. Va a ser fascinante.

Para cualquier chantajista que se precie, mirar hacia atrás y tomar precauciones es tan rutinario como lavarse los dientes. En ese sentido, la Dama del Fuego era una profesional. Me quedó muy claro la primera noche que

intenté, sin éxito, seguirla para averiguar dónde vivía.

Al salir del consultorio, dio varias vueltas enteras alrededor de una manzana cualquiera, paró a comprar en una estación de servicio, se quedó detenida cuando un semáforo se puso en verde y se saltó otros varios en rojo. En el tercero le perdí la pista.

Visto lo visto, al día siguiente decidí adoptar un enfoque diferente. Volví al consultorio pero, en vez de esperar a que saliera e intentar ir tras ella, me acerqué sin que nadie me viera a su auto —un pequeño Smart de color, cómo no, rojo—, y le pegué un GPS en el interior del guardabarros delantero.

Durante los siguientes dos días me dediqué a marearle la perdiz por Whatsapp pidiéndole más tiempo para conseguir el dinero mientras compilaba un archivo con todos sus movimientos.

Resultó que la Dama del Fuego vivía en Altos de la Villa, uno de los barrios más nuevos del balneario de Rada Tilly, a doce kilómetros de Comodoro. El dúplex, una de las únicas viviendas terminadas y habitadas de su manzana, era de construcción fiel a la moda de los últimos quince años: formas cúbicas que sobresalían un poco en las segundas plantas y hacían sospechar que el arquitecto era aficionado al Minecraft.

Sobre la puerta de entrada había un cartel rojo y blanco que anunciaba que la vivienda estaba protegida con un sistema de alarma. Me pregunté si sería verdad o si, como tantas otras personas, la Dama del Fuego habría comprado por internet ese rectángulo de plástico para disuadir a los ladrones. En cualquier caso, aquello importaba poco si me ceñía a la regla de los dos minutos.

Eran las once de la mañana de un día de semana y no había demasiada gente en el barrio. El portón pequeño de la verja estaba cerrado con llave, pero el grande, por donde la

Dama de Fuego entraba y sacaba su Smart, podía abrirse descorriendo un pestillo.

Entré y rodeé la casa hasta el patio trasero. Ahí no podía verme ni siquiera un vecino, porque el terreno estaba cercado por un paredón de casi dos metros de alto.

Tanteé la puerta de doble hoja, pero estaba cerrada con llave. Pensé en romper uno de los grandes vidrios, pero preferí entrar por la ventana de la cocina. Sería más incómodo pero haría menos ruido.

Enrollé el abrigo alrededor de mi mano derecha y tomé aire. Con el primer golpe, el cristal estalló en un montón de pedazos.

Silencio.

Abrí la ventana por dentro y me metí con cuidado de no cortarme. Cuando por fin logré poner los dos pies en el interior de la casa, supe que la alarma era real.

Bip.

Las teclas verdes del panel de control parpadeaban en una de las paredes. Tenía treinta segundos para introducir la clave antes de que la sirena empezara a sonar.

Miré el reloj y subí por la escalera a toda velocidad. En una de las habitaciones había una cama doble cubierta con un acolchado verde. En la otra, una silla de oficina negra frente a un escritorio y, sobre él, una computadora portátil cerrada. Bingo.

Bip.

Metí la computadora en mi mochila y desanduve mis pasos lo más rápido que pude. Mientras bajaba los escalones de dos en dos, una sirena ensordecedora empezó a sonar.

Salí de la casa y corrí hacia el fondo del patio. Me encaramé al paredón y, al saltar hacia el otro lado, el pie se me enganchó en una saliente de cemento, haciéndome caer de espaldas sobre la mochila. La computadora emitió un *crac* horrible.

Me refugié por unos segundos en una obra en

construcción hasta recuperar el aliento. Miré el reloj nuevamente. Había pasado un minuto y medio desde que la alarma se había activado.

Salí caminando con paso decidido y recorrí los trescientos metros hasta mi coche, dejando atrás el sonido de la sirena.

Al poner la computadora de la Dama del Fuego sobre la mesa de mi casa, vi que tenía dos rajaduras que atravesaban la tapa de lado a lado. El ruido que hizo al abrirla y el cristal de la pantalla hecho trizas tampoco auguraban nada bueno. Tenía ante mí un kilo y medio de chatarra electrónica.

Tardé un cuarto de hora en desarmarla, sacarle el disco y conectarlo a un puerto múltiple que, a su vez, enchufé a mi computadora. Tras montarlo en Linux, sonreí. La información todavía era accesible.

La Dama del Fuego resultó llamarse Evangelina Scalabrini. Según el archivo PDF que encontré con una copia de su pasaporte, tenía treinta y cuatro años y había nacido en Mar del Plata.

No me costó demasiado dar con la carpeta de los videos. Noté que estaba sincronizada automáticamente con la nube, así que por más que alguien robara y destruyera la computadora —como lo había hecho yo—, Evangelina Scalabrini tendría acceso a esos archivos desde cualquier dispositivo, en cualquier lugar del mundo. Escapar a la extorsión en el siglo XXI era más difícil que nunca.

Además de los videos, en la carpeta había una hoja de cálculos con algunas de las filas resaltadas en amarillo. Contenía información perfectamente tabulada de cientos de clientes. Además de datos personales y notas sobre las sesiones, había dos columnas que me llamaron la atención: “estado civil” y “ocupación”. No tardé en descubrir que las filas amarillas correspondían a hombres casados y con profesiones que hacían pensar en un buen pasar económico: jefes de

empresas petroleras, abogados e incluso algún político. Para cada uno de ellos había una fecha en la columna “contactado”. En el caso de Pablo Reina, mi nombre falso, coincidía con cuando me había mandado el primer mensaje, tres días atrás.

Pasé toda la tarde mirando videos, editándolos y escribiendo un artículo largo para *Cazador de Farsantes*. Cuando apreté el botón «Publicar» en mi página web, el sol tardío del verano ya llevaba horas oculto.

—Vos estás mal de la cabeza. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? —ladró mi primo cuando entré a “El Arcángel” a la mañana siguiente. Sobre el mostrador tenía una tablet con mi blog abierto.

—Dale, te acepto unos mates. Siempre un anfitrión de lujo vos.

—No seas boludo, Ricardo. En serio, ¿no tenés códigos? Acá hay tipos casados, con familias —dijo levantando el aparato.

—Ah, ¿soy yo el que no tiene códigos? Estos babosos manosean a una mujer disfrazándolo de sesión de brujería y resulta que la culpa es mía.

—Claro, porque ella es una carmelita descalza, ¿no? Ricardo, estamos hablando de una mina que lo hace porque quiere. Y, encima, en cuanto detecta que tenés guita, te amenaza con destrozar tu familia.

Negué con la cabeza.

—No entendés, Gaby, los chantajea porque tiene con qué. Si se hubieran quedado en su casa, o si le hubieran contado a su mujer lo que pasó en la sesión, no podría extorsionarlos.

—Lo que me faltaba escuchar. Ahora resulta que la chantajista es la justiciera y los chantajeados son los malos de la película. ¡Y yo que pensaba que esa mina era una persona horrible!

—¡Lo es! ¡Es una persona horrible! En ningún

momento dije que no, Gaby. Por eso, para ella también hay. ¿O no viste que publiqué sus datos personales? Dudo mucho que vuelva a poder hacer algo parecido. Mirá.

Abrí en mi teléfono la aplicación de correo electrónico y seleccioné la cuenta de *Cazador de Farsantes*, donde recibía todos los mensajes que me enviaban desde la web. Tenía más de veinte emails pidiéndome entrevistas.

—Clarín, La Nación, Infobae —dije, señalando algunos —, les voy a decir que sí a todos. A esa tipa le va a costar volver a encontrar clientes.

—Me parece perfecto que la desenmascaras a ella. Para eso te llevé a verla. Pero no tenés derecho a liberar todos esos videos en tu página, Ricardo. La gente que sale ahí tiene familia, hijos...

—¿Cómo se llama mi web? —le pregunté con una sonrisa.

—Estamos hablando en serio.

—¿Cómo se llama? —insistí.

—*Cazador de farsantes*.

—Exacto. Y yo te pregunto, Gaby, ¿quién es más farsante? ¿Quién engaña más? ¿La *stripper* disfrazada de bruja o los que van a verla con cualquier excusa esotérica cuando en realidad lo único que quieren es tocarle las tetas?

Mi primo negó con la cabeza.

—Le vas a cagar la vida a un montón de gente. Todos esos tipos te van a odiar.

Sonreí y me encogí de hombros. Desde lo que había pasado con el Cacique de San Julián y la famosa Calaca tenía enemigos mucho más peligrosos que una panda de infieles con guita.

Pero esa es una historia mucho más larga.

Quién sabe, quizás me decida a contarla alguna vez.

GRACIAS POR LEERME

¡Muchísimas gracias por leerme! Espero que hayas disfrutado con esta historia. Si es así, te invito a que leas *Cazador de farsantes*, una de mis novelas menos conocidas, en las que acompañarás a Ricardo y a su primo Gaby en una peligrosa cruzada por desenmascarar a un charlatán.

Una vez más, gracias por estar ahí. Leyéndome, le das sentido a lo que hago.

SOBRE EL AUTOR

Cristian Perfumo escribe *thrillers* ambientados en la Patagonia Argentina, donde se crio.

El primero, *El secreto sumergido* (2011), está inspirado en una historia real y lleva ya ocho ediciones, con miles de copias vendidas en todo el mundo.

En 2014 publicó *Dónde enterré a Fabiana Orquera*, que agotó varias ediciones en papel y en julio de 2015 se convirtió en el séptimo libro más vendido de Amazon en España y el décimo en México.

Cazador de farsantes (2015), su tercera novela con frío y viento, también agotó la primera tirada.

El coleccionista de flechas (2017) ganó el Premio Literario de Amazon, al que se presentaron más de 1800 obras de autores de 39 países, y está siendo adaptada a la pantalla.

Rescate gris (2018) fue finalista del Premio Clarín de Novela 2018, uno de los galardones literarios más importantes de Latinoamérica, y más tarde fue publicado por la editorial Suma de Letras.

En 2020 publicó *Los ladrones de Entrevientos*, una novela de atracos que ha sido definida por la crítica como «*La casa de papel* en la Patagonia».

En 2021 publicó *Los crímenes del glaciar*, una novela negra ambientada por partes iguales en la Patagonia y los alrededores de Barcelona que se convirtió en best-seller en Amazon. En 2022 publicó *Los huesos de Sara* (2022), un *thriller* de misterio que traslada al lector a una excavación paleontológica en uno de los rincones más desconocidos y particulares de la Patagonia.

Recientemente ha publicado *El manuscrito perdido de El principito*, un *thriller* de aventuras que une la Patagonia con Nueva York, París y Barcelona.

Sus libros han sido traducidos al inglés, al francés, al polaco y editados en formatos audiolibro y braille.

Tras vivir años en Australia, Cristian está radicado en Barcelona.

Más novelas de Cristian Perfumo

CAZADOR DE FARSANTES

“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los curanderos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y brujos de su ciudad y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existe la brujería, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.



EL MANUSCRITO PERDIDO DE EL PRINCIPITO



**LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS. LOS MOTIVOS DE UN
ASESINO, A VECES TAMBIÉN**

Argentina, 1930. Doce años antes de escribir *El principito*, Antoine de Saint-Exupéry trabaja en la Patagonia argentina como piloto de avión. Aprovecha cualquier momento libre en un hotel, aeródromo o incluso el aire para llenar con letra apretada su pequeña libreta.

Barcelona, 2023. Santiago Sotomayor, un investigador privado al borde de la quiebra, es contratado por una de las empresarias más importantes del país. Su hija Ariadna se marchó a la Patagonia para estudiar un manuscrito inédito de Antoine de Saint-Exupéry. Iba a ser un viaje de tres meses, pero lleva allí casi un año. Su madre sospecha que la ha captado una secta. Sin embargo, cuando Sotomayor viaja a la Patagonia descubre que Ariadna tiene problemas mucho más graves.

**UN MANUSCRITO QUE VALE MILLONES. UN HOMBRE
TORTURADO Y ASESINADO. UNA CARRERA POR MEDIO
MUNDO EN BUSCA DE LA VERDAD.**

LOS HUESOS DE SARA



Hay secretos que deberían permanecer enterrados para siempre

El cráneo del dinosaurio carnívoro más grande del mundo ha desaparecido del remoto sitio de la Patagonia donde estaba siendo excavado. Teresa Estévez, la paleontóloga que lidera la expedición, descubre que el ladrón ha dejado en su lugar una falange humana y una críptica nota con una única interpretación posible: el hueso pertenece a su mentora, Sara Lombardi, desaparecida en ese mismo lugar cuatro años atrás.

Con la ayuda de un periodista, Teresa se embarcará en una peligrosa carrera por recuperar uno de los fósiles más valiosos del planeta al mismo tiempo que descubre qué pasó con Sara Lombardi.

No te pierdas este thriller de misterio que te hará descubrir un rincón único de la Patagonia a través de la adictiva pluma de Cristian Perfumo, ganador del Premio Literario de Amazon y escritor best-seller en España y Latinoamérica.

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA



Verano de 1983: En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, un político local despierta en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar unos días juntos sin tener que esconderse. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.

Verano de 2013: Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino plantea una serie de enigmas que prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. A medida que descifra pistas, Nahuel descubre que, incluso después de treinta años, hay quien prefiere que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

¿Qué pasó con Fabiana Orquera?

LOS LADRONES DE ENTREVIENTOS

Durante años, trabajó para ellos. Ahora va a desvalijarlos.

Entrevientos no ha cambiado. Sigue siendo una de las minas de oro más remotas de la Patagonia y del mundo. Sin embargo, para Noelia Viader se ha convertido en un sitio totalmente diferente. Hace un año era su lugar de trabajo y hoy es una cruz roja en el mapa sobre el que repasa los detalles del atraco.

Tras catorce años alejada del mundo criminal, Noelia retoma el contacto con un mítico ladrón de bancos al que le debe la vida. Juntos reúnen a la banda que planea llevarse de Entrevientos cinco mil kilos de oro y plata.

Tienen dos horas antes de que llegue la policía. Si lo logran, los diarios hablarán de un robo magistral. Y ella habrá hecho justicia.



«Como *La casa de papel*, pero en la Patagonia»

www.cristianperfumo.com

EL COLECCIONISTA DE FLECHAS

La calma de una pequeña localidad patagónica se rompe cuando uno de sus vecinos aparece muerto con signos de tortura en su sofá.

Para la criminóloga Laura Badía, este es el caso de su vida: además de la brutalidad del asesinato, de la casa de la víctima han desaparecido trece puntas de flecha talladas hace miles de años por el pueblo tehuelche y cuyo valor es incalculable.

Con la ayuda de un arqueólogo venido de Buenos Aires, Laura se embarcará en la resolución de un misterio que no solo la llevará al glaciar Perito Moreno y a los enclaves más remotos de la Patagonia, sino también a recorrer el lado más oscuro de la mente humana, un lugar donde las mentiras y la codicia se esconden en cada recodo del camino.



Ganadora del Premio Literario de Amazon

www.cristianperfumo.com

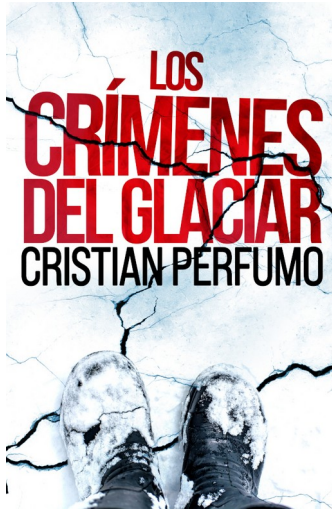
LOS CRÍMENES DEL GLACIAR

El cuerpo de un turista aparece congelado en el glaciar más grande de la Patagonia. Murió sobre el hielo, de un disparo en el vientre, hace treinta años.

Pero tú, que te llamas Julián y eres de Barcelona, ignoras que esto te cambiará la vida.

Para entenderlo, primero deberás saber que tu padre tenía un hermano del que nunca te habló. Después, que ese hermano acaba de morir. Y, por último, que en su testamento figuras como único heredero de una misteriosa propiedad en El Chaltén, un idílico pueblo de la Patagonia.

Viajarás hasta allí para venderla, pero cometerás el error de hacer demasiadas preguntas. Entonces comprenderás que, treinta años después del crimen, en El Chaltén se esconde alguien dispuesto a borrar del mapa con tal de que no llegues a la verdad.



www.cristianperfumo.com

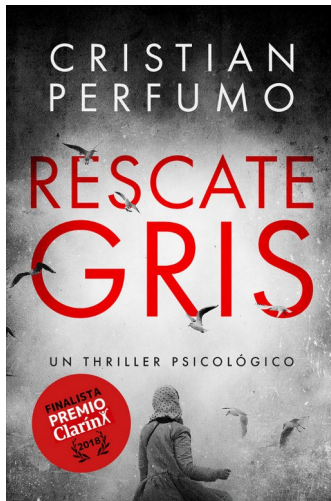
RESCATE GRIS

Puerto Deseado, Patagonia Argentina, 1991. Raúl necesita dos trabajos para llegar a fin de mes. Cuando apaga el despertador para ir al primero de ellos, sabe que algo va mal. Su pequeño pueblo ha amanecido cubierto por la ceniza de un volcán y Graciela, su mujer, no está en casa.

Todo parece indicar que Graciela se ha ido por voluntad propia... hasta que llega la llamada de los secuestradores. Las instrucciones son claras: si quiere volver a verla, tiene que devolver el millón y medio de dólares que robó.

El problema es que Raúl no robó nada.

No te pierdas este thriller psicológico ambientado en una de las épocas más convulsas e inolvidables de la historia de la Patagonia: los días de la erupción del volcán Hudson.



Finalista del Premio Clarín de Novela

EL SECRETO SUMERGIDO

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compite con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.



**Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares
vendidos en todo el mundo!**

www.cristianperfumo.com